



Por los motes los conoceréis

Esto de los motes ocurre, por lo general, en los pueblos pequeños. Cuanto más pequeños son más dados a poner motes a las personas; por el que se les conoce más que por el propio nombre. Muchas veces nos preguntan por fulanito de tal y decimos que no lo conocemos. Pero el que pregunta, por lo general forasteros, que suele estar más enterado que nosotros; dice que nació aquí y que es hijo de este pueblo.

Para ayudar a localizarlo nos dice: Es hijo de "manos grandes" o del "alpargatero" (espero que si hay alguien con este mote no se moleste), sin que el susodicho individuo tenga ninguna alpargatería, o de "la hermana perejila", que tampoco vende perejil.

Algunos de estos motes son antiquísimos, pero el mote como tal, no aguanta muchas generaciones. Lo lleva el abuelo, lo lleva el padre, el nieto, pero rara vez salta la barrera del nieto. Ahí suele morir, para gloria y holganza de los últimos de la saga.

Por lo general estos motes son más bien ridículos, como burla o mofa de algún honrado ciudadano que rueda por la vida arrastrando este sobrenombre. Naturalmente, el propio y apellidos, dignísimos a carta cabal empezaron a languidecer hasta el punto de desaparecer de la memoria de propios y extraños.

Estos motes no son vitalicios, quiero decir que pasan de padres a hijos, pero como he dicho más arriba, acaban muriendo en el nieto.

En nuestros días han bajado los de arriba y han subido los de abajo, y las castas, sin que se hayan igualado, se han aproximado bastante, y no me estoy refiriendo a un aspecto puramente económico. Ahora el panadero tiene un hijo estudiando Filosofía y Letras o hace la carrera de Ingeniero y eso mete una cuña en la cultura de las familias.

He hecho toda esta disgregación; no por mero capricho ni para elevar los motes a la categoría literaria de la que nunca gozaron, que por su nacimiento no se merecen, sino porque el otro día iba yo por la calle con ese aire distraído que parece que me he caído de un nido, y un buen amigo —yo lo tengo por buen amigo—, me dijo: "He leído algunos artículos de SIEMBRA, pero son un poco beatos"; o esa señorita —señorita por su soltería, pero no por sus años—, que estaba hablando con una amiga y al pasar yo dijo: "Espera, no te vayas, que este señor nos va a echar un sermón".

En ambos casos, la descarga fue a quemarropa, que no supe qué contestar, sorprendido, más que nada porque en esto de la literatura nadie te dice nunca nada, y los elogios o las censuras parece que se los ha tragado la tierra. Sonreí en los dos casos con esa sonrisa un poco tonta que nos da la educación y que tiene mucho de fórmula mágica para salir airosos de ciertos trances donde de momento, no sabes que decir. Esa sonrisa fingida que deja la espada en su vaina.

De profesión yo soy pintor de cuadros y por eso sé que el pintor vive entre la gente a través de sus obras, existe pues, una comunicación entre el cuadro que colgamos en nuestra casa y el autor de la obra que sigue ligado estrechamente al comprador; aunque haga mucho tiempo que ese cuadro fue adquirido para rellenar un hueco en cualquier pared de la casa.

(yo conozco al que hace la ofensa y también al que la sufre)

KEMPIS

Pero la literatura, esta literatura que se hace en los pueblos —y aprovecho la ocasión para decir que en Manzanares hay muy buenos escritores, perfectamente preparados—, por su actitud puramente local, suele morir en su propio medio ajena totalmente al ese tejemaneje que sufre la literatura destinada a medios más elevados, en donde cuenta principalmente los números que se venden. Para resumir, escribes y escribes sin saber si hay algún alma de buena voluntad que lee tus renglones, más que nada, porque son artículos que tratan de la moral a través de una óptica puramente cristiana.

Es obvio que nos atrae aquello que nos hace vibrar; que entre una novela atrevida y un sermón, nos vamos a la novela, más que nada porque en el mundo hay demasiada apetencia por vivirlo todo, y que por moda o por un ansia desmedida de conocer lo que dan de sí las cosas de la vida, nos dejamos llevar de ese nirvana que es campo abonado para los instintos, sujetos a un trato de favor y de abulia por esa facilidad para conseguirlo. Porque no hay amor en lo que deseamos, sino en lo que sufrimos, en aquello que nos ha costado trabajo conseguir. Y esto que sé que no va a convencer a ciertas personas, las escribo para dar a entender que el dolor puede llevarnos al perdón y a la comprensión, haciéndonos tanta violencia que casi duelen los músculos del alma.

No, no se asuste, el alma no tiene músculos, ni yo soy ese "beato" que dice mi amigo. Dice el Diccionario de la Real Academia de la Lengua: "Beato es el que viste hábito religioso sin ser monje. Según la Iglesia, el que se encuentra a medio camino del altar". Son dos conceptos que aclaran suficientemente lo que estamos tratando.

Soneto

El amor se me queda en llama pura
y se pierde en el arco de la tarde,
y está mi corazón, arde que arde,
esa esencia de ser tu criatura.

De mis manos, Señor, para tu mano,
un manojo de sueños amorosos,
como un ramo de nardos olorosos,
en un beso de amor para mi hermano.
Como nace la hierba en mi pradera,
darte todo mi amor, sin meditarlo,
si el sueño de mi amor de amor viviera.

Todo mi ser amor, escardadera,
corazón y sentidos para darlo,
si amor fuera, Señor, si amor yo fuera.

ANTONIO INIESTA